

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23, Madrid.

Madrid, 30 de Agosto de 1892.

Año LI.— Núm. 32.

SUMARIO.

TEXTO. Revista parisiense, por V. de Castellido.—Explicación de los pulados.—Prácticas sociales (continuación), por D.º Salomé Nuñez y Topete.—Técica conyugal, por D.º M. Oller Bustamante.—La coquetaría, por D.º J. F. Sanmartín y Aguirre.—El Poder del oro (continuación), por D.º María W.—Prestamo de amor, poema, por D.º José Jackson Vergara.—Correspondencia particular, por D.º Adela P.—Explicación del figurín iluminado.—Explicación de los dibujos para bordados contenidos en la Hoja-Suplemento.—Sueltos.—Amor.

GRABADOS.—1. Traje de recepción.—2 á 6. Delantales y vestidos para niños pequeños.—10. Camisa de dormir de *strath*.—11. Traje para jóvenes de 15 á 16 años.—12. Traje para juveniles de 13 á 14 años.—13. Traje de calle.—14. Manga Olga.—15. Manga Marquesa.—16 y 17. Traje de paseo.—18 y 19. Confección de entretiempo.—20 y 21. Dos mangas para traje de calle.—22. Traje de visita.—23. Traje para señoritas.—24 á 26. Trajes para niñas de 6 á 8 años.—27 y 28. Corpiño de *strath*.—29. Traje de casino.—30 y 31. Trajes de paseo.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Lo que se ve en la playa.—Antaño y hoy.—Bañistas de fin de siglo.—Intereso de la moda.—Una boda aristocrática.—Los bañistas.—El color de agua.—Los sombreros de fin de verano.—El dios del paganismo.—Uno enfrente del otro.—Lo que emboban las esponjas.

Hace veinte ó veinticinco años que el aspecto de una playa, á la hora del baño, era lo más feo y grotesco que es posible imaginar. Ninguna ilusión podía resistir á la vista de aquellos monotes vestidos de blusas sin forma y coronados hasta las orejas de horribles suenos de hilo, figuras, al parecer, sin sexo ni edad. Y cuando el agua había campado á su alrededor, era todavía peor. ¡Qué efectos imprevistos y lamentables! Los espectadores más intrépidos no podían resistir al deseo de escaparse, y la mujer imprudente que se mostraba revestida de semejante disfraz, no recobraba fácilmente su prestigio.

A Dios gracias, aquellos tiempos bárbaros están lejos de nosotros, y una verdadera revolución se ha verificado. Hoy día, para ver á nuestras lindas bañistas entrar en el agua, hay que alquilar sillas con anticipación, y el espectáculo es tan interesante y digno de admiración, que la simple vista no basta, y los curiosos se sirven de gemelos, como en el teatro. Y es que la coquetaría en este terreno, como en todo lo que invade, ha hecho milagros. Veamos cómo se ha realizado la metamorfosis.

Las groseras alpargatas con que se contentaban nuestras madres, han desaparecido, siendo reemplazadas por un elegante borcegüí enlazado, hecho de tela de aloe con suela de corcho—*el calzado Trouville*—ó bien una botina de dril con suelas metálicas muy ingeniosamente inventadas, que preservan de los guijarros del fondo á los pies delicados, y dejan, no obstante, penetrar el agua.

Nuestra bañista de fin de siglo se guardará muy bien de mostrar las piernas desnudas: calzará medias negras más bien que de color. Un corsé sostendrá el talle, pero un corsé especial de tela calada, como tul, cañamazo ó red, sin aceros, simplemente armado de ballenas finas y elásticas y cerrado por delante con unas correas que cruzan por detrás y se estrechan lo necesario.

Los trajes de baño han dado lugar este verano á caprichos verdaderamente deliciosos. El modelo más generalizado es de «franela-tenis», con pantalón bombacho sujeto en la rodilla y casaca *mon-jik*. Se hacen también otros mucho más elegantes, de franela aterciopelada color de rosa ó azul celeste, con cuello grande vuelto y peto ancho, sobre el cual se destacan los atributos de pesca.

Pero las personas de cierta edad adoptan el uje de anascote (especie de jerga) azul marino negro con entredoses blancos bordados.

II.—... del tocado, donde la imaginación en su ejercicio...



I.—Traje de recepción.

Copyright, 1892, by Harper and Brothers.

se. Estos tocados son seductores, y sientan casi todos á las mil maravillas. Consisten por lo general en gorritas de *jacquay*, capotas Greenway ajarretadas, boinas, colias, etc., todo ello hecho de *surah* escocés ó satinetes de colores vivos en-gramados y absolutamente impermeables.

Nuestra banista completará su equipo con un peinador fargo que llega hasta los pies, y en el cual se envuelve para atravesar la playa, antes y después del baño. Los hay sumamente lindos y hasta lujosos: unos son de tejido esponjoso de colores delicados, adornados con bordados y guarnecidos



Núm. 1.

de cordoaduras; otros son de lana blanca de los Pirineos, y van festoneados de color. Este es el *non plus ultra* de lo confortable y del buen gusto.

Nada nuevo en materia de telas ni de adornos. Continúan llevándose poco más ó menos lo mismo que hace dos meses; pero lo llevamos con el placer de lo que gusta, nos embellece y nos sienta bien. Como antes, domina el fular, el encaje, la muselina; no se ve apenas otra cosa.

El gran acontecimiento parisiense de estos últimos días ha sido el casamiento de Mlle. de la Rocheffoucauld con el Marqués de Harcourt. La ceremonia nupcial estuvo brillantísima, á pesar de lo adelantado de la estación.

Todos los trajes eran de las telas que ya conocemos: magníficas sclerías, fulares, y en materia de adornos el guipur ó la aplicación de punto de Inglaterra, dispuestos en forma de tirantes, de hombreras, de fichú ó de chaquetilla Figaro.

Citaré entre otros un vestido de crepón color de malva—color muy de moda este año—sumamente sencillo, con cinturón ancho de terciopelo color de malva formando una especie de corsillo. Un volante de aplicación de punto de Inglaterra figuraba una chaquetilla y remontaba en la espalda para formar un pliegue Watteau.



Núm. 2.

Por lo demás, como ya he dicho, el color de malva dominaba tanto en los vestidos como en los sombreros. La Duquesa de Dondetville, madre de la desposada, vestida de malva; la reina Isabel, del mismo color. Las perlas abundan: el collar de la Princesa de Ligne, hermana mayor de la novia, causó sensación, como siempre. No hay señora elegante y rica que no lleve en el cuello lo menos una sarta de magníficas perlas. Y se comprende esta predilección: la perla es el verdadero atavío de una dama distinguida, por lo discreto, y al mismo tiempo, por su gran valor, sin ostentación y sin relumbrón ni efectos llamativos.

Entre todos los trajes que tuve ocasión de admirar en la ceremonia de que he hecho mención, he aquí el único que me ha parecido digno de reproducirlo por su carácter particular (croquis núm. 1).

Es de estilo Imperio, con ciertas reminiscencias de la época de Luis XIII, lo cual forma un conjunto muy feliz.

Consiste en un vestido de raso verde antiguo, brochado de almenras gruesas, tono sobre tono. En el borde inferior van unos rulos de terciopelo blanco, que llevan por encima un guipur laminado de oro formando dientes largos. En el cuerpo, una especie de chaquetilla de talle Imperio, hecha de guipur y bordado de oro, cuya chaquetilla remonta sobre un camisolín de muselina de seda blanca. La espalda era completamente de bordado, excepto un escote de muselina de seda. Cuello abierto de bordado laminado de oro; mangas *ballons*, de terciopelo verde antiguo, guarnecidas de bordado y terminadas en un volante de muselina de seda; cinta de raso verde en la cintura y en la parte inferior de las mangas.—Sombrero grande de paja negra, ondulado de una manera rara, y guarnecido de plumas y escarapelas de cinta de raso verde.

Los sombreros son, por lo general, más bien pequeños que grandes, lo mismo las capotas que los sombreros redondos. Las capelinas de jardín y de carruaje van agrandadas algunas veces con un volante de encaje que desciende á la morisca en torno de la cabeza.

El sombrero *Chombersky* continúa disfrutando de la misma boga. La verdad es que no puede darse nada más lindo ni que mejor siente á casi todos los rostros.

He aquí uno sumamente original y práctico al mismo tiempo (croquis núm. 2):

El fondo es de paja de arroz negra, con dos ligas de terciopelo, una de ellas «violinas» y la otra «botón de oro», con unas hebillas antiguas en el lado izquierdo. Como ala, un *fronfron* de muselina de seda blanca, encañonada sobre los cabellos. Por delante un lazo doble, una escarapela de terciopelo violeta y amarillo, con una hebillita grande en medio.

Se llevan muchas capelinas de muselina de seda y crepón de la China. Todas ellas son ajarretadas ó fruncidas.

Dos octogenarios muy aficionados á la música:

—¿Cómo! ¿Usted ha tenido la dicha de oír á Paganini?

—Y más de una vez.... Para mí, aquel hombre era un dios....

—Sí, el dios del paganismo.

Ante el tribunal de policía correccional.

El Presidente á un individuo detenido como vagabundo:

—¿Dónde vive usted?

—En ninguna parte.

Á un segundo vagabundo:

—¿Y usted?

—¿Yo? Enfrente del señor.

Lolita, que está aprendiendo una lección de geografía, se interrumpe de repente, y dirigiéndose á su hermanito, dice:—Dime, Enrique, ¿en qué consiste que el mar no dea-borda, á pesar de tantos ríos como desembocan en él?

—Pues te diré: es muy sencillo—responde el rapaz.—En el fondo del mar hay unas esponjas, y estas esponjas lo absorben todo.

V. DE CASTELFIDO.

Paris, 24 de Agosto de 1892.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de recepción.—Núm. 1.

Vestido de crepón de la China color de malva. El cuerpo va adornado en el lado izquierdo con una guarnición de encaje amarillo muy pálido, en forma de chorrera, que cae hasta más abajo de la cintura, y en el lado derecho con una guarnición de crepón de la China color de malva, que forma solapa. Cinturón hecho de una cinta de raso amarillo y abrochado con corchetes bajo un lazo grande, cuyas caídas llegan hasta cerca del borde inferior de la falda, la cual es enteramente lisa y termina en cola. Mangas muy bullonadas de crepón de la China hasta el codo, donde terminan en un volante de encaje amarillo.

Delantales y vestidos para niños pequeños.—Núms. 2 á 9.

Núm. 2. *Vestido de nansuc*.—Falda adornada con bordados y tablitas de lencería. Cuerpo hecho de tablitas y bordados. Manga bullonada y puño bordado. Cuello y cinturón bordados. Este vestido se abrocha por detrás.

Núm. 3. *Delantal de batista color de rosa*.—Escote redondo, ajarretado por delante y en la espalda, bajo un bordado rojo sobre batista color de rosa. Grupo de fruncidos en la cintura, de donde sale un cinturón de batista, anudado por detrás y adornado con bordados. Mangas hechas de una tira bordada.

Núm. 4. *Delantal de batista ramada*.—Falda fruncida. Bolsillo puntiagudo con una tira lisa por encima. El cuerpo va unido con pliegues de lencería á un canesú liso rodeado de un punto inglés. Manga de codo y cartera lisa.

Núm. 5. *Vestido de crepón de algodón azul*.—Tres entredoses de bordado crudo van cortados por un bordado que forma canesú cuadrado. Los mismos entredoses en la espalda. Cuello bordado. Cinturón y bocamanga bordada.

Núm. 6. *Delantal de cretona encarnada*.—Este delantal va ajarretado en el escote por delante y en la espalda bajo una tira de cretona cruda; bordada al punto inglés y dispuesta en punta como el cinturón. Cuello y bolsillo atravesado de una tira igual. Manga bordada.

Núm. 7. *Delantal de cretona azul*.—El cuerpo va plegado

en el escote. Los pliegues van sujetos en la cintura bajo una falda montada con un vivo. La espalda va plegada, pero los pliegues de la cintura caen rectos. Bordado azul sobre cretona blanca. Manga recta estrechada con un lazo.

Núm. 8. *Delantal de satinetes color crema con lunares encarnados*.—Falda fruncida montada sobre un cuerpo que va adornado con tiras lisas encarnadas. Tirantes lisos. Manga recta estrechada con un puño.

Núm. 9. *Vestido de crepón de algodón color de malva*.—El vuelo de la falda forma una serie de pliegues, sujetos con un cinturón de bordado crudo. La escotadura va rodeada de un bordado. Manga bordada. Lazo flotante en cada hombro.

Camisa de dormir de surah.—Núm. 10.

Se hace esta camisa de *surah* color de rosa. Cuello vuelto. Encaje formando babero plegado por delante. Manga de encaje plegado, sujeta con unas cintas. Cinta ancha en la cintura.

Traje para jóvenes de 15 á 16 años.—Núm. 11.

Vestido de muselina de lana listada color crema y azul marino. Falda corta plegada por detrás y montada sobre un cuerpo plegado por delante sin costura en la espalda. El vuelo va plegado en la cintura bajo una faja de *surah* azul marino, abrochado en la izquierda, así como el cuerpo y el cuello recto. Manga ancha por arriba y estrechada por abajo con una costura. Chaquetilla Figaro movable, sin costura en la espalda, con una sola costura debajo del brazo. Al parecer va doblado por delante como una esclavina plegada en torno de la sisa; pero en realidad la esclavina va añadida bajo los delanteros. Los pliegues del hombro continúan en la espalda alrededor de un canesú que forma punta. Esta esclavina es de *surah* azul marino.—Sombrero de paja cruda adornado con un encaje y un ramo de flores de adornideras.

Traje para jovencitas de 13 á 14 años.—Núm. 12.

Este traje es de fular azul con lunares encarnados. Falda corta adornada con un galón de varios colores, estilo ruso, que forma la continuación del que adorna la blusa, la cual va plegada en el lado izquierdo y cerrada en el derecho. La espalda se hace sin costura y cae ligeramente, como el delantero, sobre la falda. Cuello recto abrochado en el lado izquierdo. Manga ancha, plegada ligeramente por encima y en los lados, estrecha por abajo y adornada con un galón.

Traje de calle.—Núm. 13.

Vestido de crepón negro, guarnecido de cinta verde-agua cubierta de un entredós de encaje negro. Falda listada de encaje sobre cinta, y cuerpo y mangas iguales. Espalda y delantero de una pieza, con pinzas de pecho y lado de delante. Forro del delantero cerrado en medio, y cierre invisible en los delanteros de crepón. Cuello en pie de crepón y manga alta de hombros. Volante de encaje fruncido en la cintura formando aldetas.—Sombrero de paja oro, guarnecido de cinta color de heliotropo y florecillas color de rosa.

Tela necesaria: 5 metros 50 centímetros de crepón; 45 metros de galón, y 45 metros de entredós de encaje.

Manga Olga.—Núm. 14.

Puede hacerse esta manga de *surah* ó de piel de seda. Nuestro modelo es de batista color de maíz, y va guarnecido de encaje blanco. Entredoses de encaje puestos al sesgo sobre una manga ajustada, que termina en un volante de muselina de seda sujeto en la costura del codo con una escarapela de cinta. Manga corta añadida y cerrada con un volante de encaje. Escarapela de cinta en el hombro.

Manga Marquesa.—Núm. 15.

Esta manga, para traje de ceremonia, es de *surah* y encaje, y va guarnecida de cinta. La parte superior de la manga, que es de *surah*, va estrechada con dos volantes encañonados, puestos sobre una manga semilarga de encaje, terminada en un volante de lo mismo, con un brazalet de cinta, cerrado con un lazo.

Traje de paseo.—Núms. 16 y 17.

Vestido de crepón color heliotropo, adornado con bordados negros y tul negro bordado de azabache. El delantero va guarnecido de un chaleco de raso amarillo, enteramente bordado de seda negra y azabache, cuyo bordado figura una chaquetilla Figaro. Manga de crepón que cae sobre una manga ajustada de raso amarillo, adornada con bordados sobre tul. De la manga ancha sale un volante de tul bordado de azabache; hombreras de lo mismo. Cuello de raso amarillo cubierto de tul bordado, plegado y cerrado por detrás con un lazo de tul bordado. El dibujo 17 representa este elegante vestido, visto por detrás. Es de forma Princesa y va adornado en el borde inferior de la falda con dos tiras de tul bordado de azabache, la primera puesta de plano como un entredós, y la segunda flotante.—Sombrero de paja de Manila blanca, de ala ancha, adornado con dos rosas de su color por debajo del ala. Un lazo grande de terciopelo verde musgo ribeteado de encaje blanco, una pluma verde pálido tornasolado y unas antenas negras completan los adornos del sombrero.

Confección de entretiempo.—Núms. 18 y 19.

Cuerpo de levita de encaje negro plegado, con espalda y delantero escotados bajo una chaquetilla de terciopelo encarnado obscuro bordado de azabache. La chaquetilla se compone de espalda de una sola pieza, con delantero cerrado en medio, y escotado sobre un peto de faya negra lisa. Una guarnición plegada de encaje negro forma fichú y va remetida en lo alto de la chaqueta. Delanteros cerrados en medio, excepto la parte superior, que se cierra bajo el fichú. Cuello alto de faya, con ribete de pluma negra. Manga bullonada de encaje, plegada sobre el puño y guarnecida de un ribete de plumas, y manga corta de terciopelo bordado.

Tela necesaria: 3 metros de volante ancho de encaje; 6 metros 50 centímetros de *levita*, de 70 centímetros.—Tres metros 50 centímetros de terciopelo.



2 á 9.—Delantales y vestidos para niños pequeños.



10.—Camisa de dormir de surah.



11.—Traje para jóvenes de 15 á 16 años.

12.—Traje para jovencitas de 13 á 14 años.



13.—Traje de calle.

Dos mangas para trajes de calle.—Núms. 20 y 21.

Núm. 20. Es de lanilla de lunares; va ajustada por abajo y guarnecida de un bullonado sujeto en el codo con una *ruche* fruncida. Una *ruche* igual adorna el borde inferior.

Núm. 21. El puño, que forma parte de la manga, se cierra por encima bajo unos adornos de pasamanería. El vuelo va estrechado en el codo, bajo uno de estos adornos.

Traje de visita.—Núm. 22.

Vestido de damasco verde, color de rosa antiguo y negro, guarnecido de botones gruesos y tréboles de pasamanería bordada de azabache. Se compone este vestido de una polonesa de faya negra de tres paños por detrás, guarnecidos de encaje negro, un delantero de falda de faya verde agua y los lados de delante de la polonesa de damasco, los cuales se doblan por arriba formando solapas forradas de faya verde, y van abiertos sobre un peto de guipur blanco. Manga bullonada de faya negra, y puño alto de damasco.—Sombrero de paja encarnada, guarnecido de flores de adornaderas, y alas verdes y negras.

Traje para señoritas. Núm. 23.

Este traje es de fular azul, con dibujos de color azul celeste. Cuello y cinturón de terciopelo azul obscuro. El delantero y la espalda van cortados de una sola pieza y fruncidos ligeramente en la cintura. El cinturón termina en la espalda en un lazo de terciopelo. Mangas muy anchas hasta el codo y ajustadas desde el codo hasta la muñeca. El cuerpo va guarnecido de una berta de encaje blanco, que termina en la cintura por delante y por detrás. El borde inferior de la falda termina en un rizado doble.

Trajes para niñas de 6 á 9 años.—Núms. 24 á 26.

Núm. 24. Traje para niñas de 8 á 9 años.—Falda de lanilla gris muy clara, lana por delante y plegada por detrás, adornada con un galón hecho de mitardis sobre lana blanca. Blusa de lana blanca, adornada con un galón; la espalda de la blusa es de forro. Chaqueta de lanilla gris, ajustada en la espalda y abierta por delante con unas solapas blancas cuñadas de mitardis. Cuello marino hecho como las solapas. Manga de codo, adornada con un galón. Lazo grande de muselina blanca.

Núm. 25. Traje para niñas de 6 á 7 años.—Vestido de vigotía azul marino. Falda abierta sobre una *quilla* azul y blanca. Chaqueta abierta sobre un cuerpo bullonado, que cae ligeramente sobre la falda. Peto de tela listada. Cuello a la marinera de lana blanca, bordado de un ancla. Corbata de cinta blanca anudada en el pecho. Manga bullonada de vigotía azul, que cae sobre un puño de lana blanca.

Núm. 26. Traje para niñas de 7 á 8 años.—Es de muselina de lana estampada. Falda plegada por detrás, y montada bajo un cinturón de la misma tela anudado en el lado izquierdo. Cuerpo fruncido por delante y en la espalda. Alzacuello de encaje crudo. Manga ancha, que cae sobre un puño de la misma tela.

Corpiño de surah.—Núms. 27 y 28.

Se compone este elegante corpiño de una espalda recta, estrechada en la cintura con pliegues, un delantero ancho, cerrado en medio y plegado en lo alto para figurar un canesú de pliegues cosidos. Cinturón de cinta, anudado en medio por delante. Lazo de la misma cinta en el escote, que va abierto en forma de corazón y guarnecido de un cuello vuelto, formado de un volante de encaje fruncido, que descende en conchas sobre el delantero del corpiño. Manga recta, somilarga, estrechada con pliegues que forman brazaletes, y guarnecida de un volante de encaje. Punto de bordado en el llobulillo de las aldetas.

Tela necesaria: 4 metros 50 centímetros de surah.

Traje de casino.—Núm. 29.

Vestido de bengalina color de piel, adornado con guipur blanco. Falda con volante de guipur montado con un bias. Cuerpo de aldetas largas de bengalina, añadidas en la cintura y cubiertas de un volante de guipur fruncido con cabeza. El cuerpo se compone de espalda y lados de espalda, lados de delante y delantero con pinzas, cerrado en medio bajo un peto de guipur añadido, con bastante vuelo en medio del corpiño, y flanqueado de tirantes de bengalina plegada. Un volante de bengalina rodea los tirantes y el peto. Cuello alto de guipur. Manga alta de hombros y abrochada en el codo.—Capota de violetas, guarnecida de un lazo de terciopelo verde, con bridas del mismo terciopelo.

Tela necesaria: 16 metros de bengalina.

Trajes de paseo.—Núms. 30 y 31.

Núm. 30. Traje para niñas de 7 años.—Vestido de lanilla escocesa encarnada y blanca, y lanilla blanca lisa. La falda es de tela escocesa y la blusa de lanilla lisa. Esta blusa, que se dobla en la cintura sobre un cinturón estrecho, se compone de una espalda recta y un delantero de una pieza, abierto sobre un peto añadido á cada lado bajo el borde del delantero, y adornado con unas anclas bordadas. Cuello alto. Solapas de lana y corbata larga de cinta blanca. Manga recta, bordada de anclas.

Tela necesaria: 2 metros de lana escocesa, y un metro 50 centímetros de lanilla blanca.

Núm. 31. Vestido de fular color de piel, brochado de azul.—Adornos de surah azul. Vestido Princeza, compuesto de espalda y lados de espalda, lados de delante y delantero de una sola pieza, con pinzas y cierre invisible en la izquierda, debajo del brazo. El borde inferior va guarnecido de un volante de surah plegado, con un bias plegado por encima. En el alto del cuerpo, espalda y delantero de camisa plegada, de surah, con volante de la misma tela, que figura un escote. Cuello alto de surah plegado. Manga ondeada, con carteras plegadas de surah. Unos botoncitos de oro cierran el centro de la camisa.

Tela necesaria: 14 metros de fular, y 7 metros de surah.

PRÁCTICAS SOCIALES (1).



ASISTIMOS en que no existe ceremonia más modesta que la de ir á referir al ministro del Señor los primeros pecadillos, pues no se suele dar el caso de que se hagan más preparativos que los de empezar á educar esas infantiles conciencias, succediendo lo propio en toda España; y á lo sumo se le compra á la criaturita un juguete aquel mismo día, ó aquella misma noche se la convida á un teatro donde la función que se represente sea propia para su edad.

Aquí, como en todas partes, se lleva con mucho rigor la costumbre de alejarse del confesionario cuando otra persona está confesándose, á fin de no oír nada, absolutamente nada de lo que aquella diga. Y si hubiere mucha gente esperando y se hiciese imposible moverse, importa recurrir al extremo de taparse los oídos con ambas manos.

En algunos puntos de la isla de Cuba hay familias que acostumbra á escribir el examen de conciencia, á fin de no olvidar ninguna falta; y al efecto llevan el *apuntilo* á la confesión, y durante ella se lo leen al sacerdote; esto no se hace aquí, y es más, causa gran extrañeza y hasta cierta hilaridad, mucho más si se presencia el siguiente caso de que fui testigo: como notara el desasosiego, la turbación de una amiga mía, y le preguntara por el motivo de tanta intranquilidad, me contestó: «Que he perdido mis pecados!» Causóme esto el natural asombro, y no salté de él hasta que me refirió que lo extraviado era: ¡el papelito donde apuntaba sus culpas!....

Pero al fin halló mi amiga la singular *lista*, más bien *listín*, puesto que era tan *pequeña* que su más grave falta estaba en «haber hecho trabajar á la modista un domingo», según supe por boca de quien halló el papelito y comió la indiscreción de leerlo. Y supe también, por cierto, que mi amiga no volvió á pensar haciendo que las modistas dejaran, por su causa, de *santificar los festos*.

Bueno será advertir á los que van á hacer la primera confesión, que desde el primer día se guarden muy bien de repetir entre sus familia ó amigos la penitencia que les ha sido impuesta; que esto no será, ya lo sabemos, grave falta; pero no *hace falta* que se diga; así como tampoco hay necesidad de ponderar la severidad ó la indulgencia (que en sentido jocoso y censurable suele traducirse por *manga ancha*) del sacerdote, porque nada de esto es serio y correcto. Los asuntos sagrados deben ser sagrados.

Cuiden los padres, ó encargados de ello, de elegir buen confesor á sus hijos; y cuiden éstos, si tienen ya suficiente uso de razón, de saberlo elegir cuando no tengan quien los guíe ó hayan aprendido ellos mismos á guiarse.

El mismo confesor les dirá, sobre todo en tiempo cuaresmal, de qué Bulas deben proveerse; que este es uno de los deberes por que pregunta, fiel al cumplimiento de su sagrado ministerio.

Y, en fin, es seguro que quien hace una buena confesión, y procura confesar, si le parece muy á menudo todos los meses, por trimestres siquiera, hace no ya mucho, sino lo principal para presentarse como es debido ante el altar el día de la primera comunión.

Digamos algo de ella.

PRIMERA COMUNIÓN.

El día de la comunión es el acto más solemne de la vida de un niño, porque niño es todavía, aun cuando tenga trece años, el que va á recibir por vez primera el Cuerpo del Señor.

Si, es niño aún por sus ideas, por su constante regocijo, por sus juegos y sus ilusiones. Sin embargo, puede su infantil inteligencia comprender algo del acto trascendental que va á llevar á cabo; puede penetrarse del honor que va á recibir; puede, con todo el fervor de su alma, ofrecer á Dios sus virtudes y sus aspiraciones. ¿Pues qué niño no se considera un santo en el instante que recibe á Dios? Rare es el que no aspira á una vida de honradez, el que no siente inmenso anhelo de infinitas virtudes, cuando la Hostia consagrada pasa por sus labios.

Después el niño es hombre, y el mundo es camino muy peligroso; al recorrerlo podemos extraviarnos, pero de hijo que nunca, nunca olvidaremos, por mucho que en el trayecto se peque y que en el trayecto se sufra, nunca se borrará de nuestra mente el día de la primera comunión.

Y si hay alguno que lo olvida, es que se olvidó de sí mismo; ¡Desgraciado!

Pues bien; para recorrer dignamente el peligroso sendero de la vida y llegar con la conciencia tranquila al término de la jornada ¡la muerte! no hay como comenzar por ir bien preparados á la primera comunión y no olvidar jamás ese día, el más hermoso y feliz de nuestra existencia.

Tanto culto como en provincias, en el extranjero y en todo el orbe católico, se consagra en Madrid al acto de la primera comunión; y muy pobre ha de ser una familia para dejar de solemnizarlo con algún gasto, siempre relativo, por supuesto.

El acto religioso de la primera comunión es de los que merecen lugar preferente en estas *Prácticas*.

Hasta los padres más incrédulos—ya que desgraciadamente los hay!—están en la ineludible obligación de procurar que sus hijos observen el debido comediamento y la debida unión en tales circunstancias.

Y todos los padres cuidarán en primer término de ensalzar la religión cristiana, á fin de que sus descendientes la practiquen siempre como es debido.

Es absolutamente indispensable que el niño sepa bien, no sólo lo que el Catecismo dice, sino por qué lo dice; deber que, si la madre no lleva á cabo, debe cumplir el profesor ó sacerdote que lo instruya en las prácticas religiosas; prácticas que deben enseñarse con mayor detenimiento que nunca, si cabe, en los días que preceden al de la primera comunión.

(1) Véase el núm. 30.

Y á ser esto posible, fuera conveniente que la madre acompañara á su hijo á esas *instrucciones*, ó encargara de ello á persona de su completa confianza, á fin de evitar que la presencia distraído. Y de no poder hacer nada de eso, le encargará repetidamente que sea digno de lo que van á explicarle, que se penetre bien de ello y se libere de hablar luego irrespetuosamente de tan sagrado asunto con sus compañeros.

En algunos colegios hacen las prácticas de preparación con tal riqueza de detalles, que hasta enseñan á los discípulos la manera de recibir la Hostia en los labios, á fin de que los dientes no la rocen siquiera; y para ello se valen de obleas blancas ó hostias, sin consagrar, por supuesto.

Y esto no creemos que está demás advertirlo, á fin de hacer comprender al discípulo que si tomare esos ensayos á broma, incurriría en grave falta.

La verdadera piedad exige que los niños no vayan á paseo ni á otras diversiones durante los ocho anteriores días al de la primera comunión. La única salida que deben hacer es para asistir á los ejercicios religiosos.

Y hay madres que llevan su rigor al extremo de no permitir que vayan á pie, sino en coche, alegando el respetable motivo de que así se distraen menos.

Entre estas familias, cuyos austeros principios se conservan con inquebrantable constancia, familias que afortunadamente abundan en Madrid, y en las que preside el buen sentido para todos los deberes sociales, la joven que va á recibir la primera comunión va vestida en tan solemne día con extremada sencillez. Un lujoso traje, con no menos lujosos adornos, hablarían en favor de la vanidad, y esto no debe ser. Hay que pensar siempre que un acto tan sagrado como ese no puede servir de pretexto á la innata presunción de las jóvenes. Podríamos citar algunas señoras que han llevado su devoción, su caridad y su sencillez al extremo de adquirir el blanco traje de una niña pobre, para que sea el que luzca su hija, y de este modo han rendido homenaje á la sencillez y á la piedad.

Lo más frecuente entre nosotros es que la fiesta de la primera comunión se celebre en la intimidad de la familia, y que sólo los parientes más cercanos asistan al almuerzo que, por regla general, se da con algún *extra*.

E insistimos en que, sean cuales fueren las opiniones religiosas de los padres, éstos no deben contribuir, bajo ningún concepto, á que su hijo aparte de su imaginación el santo recuerdo de esa solemnidad.

En Francia no es costumbre pasar ese día á los que han comulgado, como acontece en Madrid y en algunas capitales de provincia, que, las niñas sobre todo, no sólo van á tratarse, sino que no se quitan el traje blanco hasta que se acostan. Esto va, sin embargo, cayendo en desuso.

Ahora lo más admitido es, cuando se trata de un convento dedicado á la educación, que permanezca allí las que han comulgado, y resulta que están en minoría las que salen á pasar la tarde en casa de sus padres. Estos se sacrifican, privándose de la presencia de la hija, con tal de que se quede al lado de sus profesoras y compañeras.

Sucele con mucha frecuencia que puedan comulgar otras señoritas, y aun prepararse en el mismo convento, á pesar de no ser educandas de él, sino jóvenes que reciben de su madre ó del aya las lecciones.

Todo esto se relaciona con las personas de buena posición, pues mientras más solemnidad aparente se le da al acto, más gastos sobrevienen, cual es natural. Y como cuando son muchas han de ir, ó deben ir iguales, resulta que la clase de la tela ha de ser la misma en la hija del millonario que en la del que no tiene más que escusa renta ó no cuenta sino con modesta paga, por aquello de no singularizarse, de que la niña no se avergüence al verse peor vestida que las otras, y no exponerla á que hagan nota de ella, etc., etc.

De suerte que en ese caso es preciso pensar en la finísima media blanca de hilo de Escocia ó de seda, en la bota de raso, blanco también, en las enaguas de batista con tiras bordadas, en el viso de seda, blanca por supuesto, en la falda de rica muselina ornada de varias jaretas, y cuyo cuerpo va unido á la falda, y no debe estar adornado más que, en caso de lujo, de estrecho encaje *Valenciennes*, y en caso de sencillez, con jaretitas como las que van alrededor de la falda. Y todo esto amén de los guantes, la banda de ancha y soberbia cinta que rodea la cintura y cae en abundantes *caídas* sobre la falda, por detrás (y eso que algunas, muchas ya, llevan lavada y caídas del lado izquierdo); con el aditamento del velo, la coronita de flores (muy en desuso hoy en día), el cirio, el lazo con que éste se adorna, el libro de misa, de marfil ó nácar, todo muy blanco, muy nuevo. Y aquí paz y después gloria, respecto de la indumentaria. En Francia usan unas gorritas muy graciosas, que, á pesar de nuestro espíritu de imitación, no hemos adoptado todavía, y encima de la gorrita, y graciosamente prendido, el velo de tul. Este, tanto allende como aquende los Pirineos, se usa largo, es decir, que llegue al borde de la falda; ésta debe dejar ver parte de la bota tan sólo, es decir, que le falte cuatro dedos para llegar al suelo.

En vez de la coronita, se coloca en la cabeza un lazo de gro ó raso blanco. Y no hay que olvidar tampoco el crucifijo pequeño, de nácar y plata, que pendiente de estrecha cinta, blanca también, cuelga del cuello y cae sobre el pecho.

Es de eno mandar un ramo que adorne el altar, frente al cual han de prosternarse para recibir la primera comunión.

En los niños, el traje debe ser de paño negro, fiel á la última moda; la corbata blanca ó negra, según la lleven los demás; el calzado, de charol y muy flamante; los guantes blancos; blanca también la cinta que rodea el brazo cerca del hombro y concluye en un lazo, y, por supuesto, el cirio en la mano.

Y en cuanto á los deberes de padres é hijos, así como todo lo que hemos expresado respecto á la manera de prepararlos para acto tan solemne, dicho se está que lo mismo nos referimos á los niños que á las niñas.

Entre las familias madrileñas que pueden gastar, y gustan de seguir las costumbres extranjeras, es cosa corriente el hacer regalos en celebración y como recuerdo de tan fausto acontecimiento, regalos destinados á las amiguitas ó amiguitos, y aun amigotes, de la casa. Consisten (no los

amigos, sino los regalos) en libros de oraciones elegantemente encuadernados, y llevando grabada con sencillez en la portada la fecha de la primera comunión; ó bien estampas, más ó menos buenas y grandes, según la voluntad y el dinero del donante, y cuyas estampas, que tanto abundan ahora, á cual más preciosas, lo mismo en las tiendas de objetos de escritorio que de devoción, llevan timbrada en oro la fecha de ese señalado día, y hasta, si se quiere, el nombre del niño que regala.

Los pensamientos que dichas estampas ostentan suelen ser conmovedoras frases de piadosas aspiraciones, y resultan tan bellas como las imágenes pintadas ó grabadas y las escritas.

Esto de las estampas está ya muy generalizado, y viene á ser como la *tarjeta ilustrada*, por medio de la cual, el que la comulgado da parte á su familia y amigos de haber sido admitido á la mesa del Señor.

Por lo general, la estampilla lleva grabado en la parte superior un cáliz con la Sagrada Forma, y dice, poco más ó menos:

EN RECUERDO
DEL DÍA.....

EN QUE HIZO SU PRIMERA COMUNIÓN
N. N. N.

El que recibe este recuerdo queda obligado, si está ausente, á dar las gracias por escrito, y si en la misma población, á hacer una visita, cuidando, si tiene hijos y éstos han recibido un obsequio, de acompañarse de ellos (de los hijos), para que de este modo demuestren al amigo su reconocimiento. Y si no se quiere hacer la visita, basta escribir en una tarjeta unas cuantas palabras de gratitud, sin dejar de expresar sus buenos y cristianos deseos respecto del niño.

Al día siguiente de la primera comunión, los padres harán una visita al sacerdote que ha instruido en las prácticas religiosas á su hijo, y á la superiora, superior ó maestro del convento ó colegio donde se ha celebrado la comunión.

Es muy frecuente que los que han comulgado se reúnan y formen una colecta entre ellos, á fin de ofrecer un recuerdo á sus directores espirituales, obsequio que cuidarán de hacer con exquisito tacto. Si se trata de la Superiora del convento, un objeto para la capilla; si de una profesora, un rosario, libro de misa ó estampa; si de un sacerdote joven, una obra de teología; si de un anciano, un objeto de arte, piadoso; y si de un profesor, lo que más convenga para colocarlo en su despacho, que esto no lo ignora nunca el curioso discípulo.

Hasta ahora nos hemos dedicado á hablar con los que pueden gastar en todo y por todo, y darse la satisfacción de quedar *solemnemente bien* en todas las solemnidades de la vida; pero es que contamos con la clara inteligencia del leyente, que de sobra se hará cargo de que nada de esto reza con los que no pueden rezar gastando. Para Dios no hay trajes lujosos, ceremonias pomposas, regalos á deudos y amigos; no hay más que oraciones, fervor, piedad. El no quiere otras ofrendas que un *Padre Nuestro* que nazca del alma, y un *Acto de contrición* sincero.

No sufras, lectora, si el día de tu primera comunión no puedes vestir ni lucirte como las otras niñas, siempre que puedas pensar y sentir como los ángeles.

Si tu madre, á más de pobre es muy modesta, y ella sola te prepara y lleva á la iglesia, cuida sólo de tu alma, no des valor á los adornos exteriores.

Si tus padres pueden gastar poco, y por tanto, hacer poco para que vayas lujosa ese día, conformate con el modesto traje blanco, con el modesto colegio donde te eduques, la modesta iglesia á donde te lleven y el humilde comulgatorio ante el cual te arrodilles.

Y si eres huérfana, y tienes que ir casi sola á recibir la Sagrada Forma, llora de amor divino, no envídes á las que son ricas, sino á las que tienen padres; ruega por los tuyos, y no olvides que Dios está en todas partes.

Pero si eres hija de poderosos, celebra tan fausto acontecimiento, que ello es plausible; no guardes la alegría y el lujo para lo mundano solamente; que á Dios, cuando hay riquezas, se le complace haciendo limosnas. Y lejos de nuestro ánimo vituperar que se solemnice de manera ostentosa el acto de que nos ocupamos, cuando lo permite la posición de los interesados.

Y con respecto á los padres que no pueden gastar, ya sabéis que, si visten de blanco á sus hijas y engalanan á sus hijos, lo hacen con suma sencillez; y éstos no regalan á los amigos ni á los superiores, ni ostentan libros de marfil, ni dan almuerzo, ni solemnizan con canto, órgano y sermón el acto religioso en la capilla ó iglesia, sino que van solos con sus padres, y vestidos como de ordinario; y si lo hacen con el colegio y no les exigen traje especial, la modestia debe ser completa también.

Ellas deben ponerse una mantillita negra, si van en traje de calle.

Hemos omitido las indicaciones para acercarse al altar, cuando se trata de la fastuosa ceremonia en que comulgan muchos, porque son advertencias que irremisiblemente hacen los encargados de las prácticas y de la fiesta, quienes indican qué lado han de tomar al levantarse en dirección al comulgatorio, cuántas genuflexiones hay que hacer, en qué momento han de tornar al puesto que ocuparan antes, cómo han de llevar las manos, cuál ha de ser la posición de la cabeza, y cuál hasta la manera de sentarse; pues es sabido que toda circunspección y todo reconocimiento son pocos en tales circunstancias.

DEBERES PARA CON LOS PROFESORES.

Comenzaremos dirigiéndonos á los niños que reciben las lecciones en su propia casa, y les recomendaremos ante todo que se presenten bien arreglados para recibir al profesor ó profesores.

Habla muy en desfavor del discípulo eso de aparecer con el cabello en desorden, el traje manchado ó roto, y las uñas largas y sucias.

Y debe avergonzarse recibir una amonestación por ese motivo, amonestación bien fácil de remediar.

Hay niños tan soberbios, y padres tan culpables que toleran en sus hijos esa soberbia, y esos mismos niños creen que porque pagan al profesor pueden dejar de tener con él todo género de consideraciones. Así es que desde que tienen uso de razón deben penetrarse bien de que *no se paga con nada* el beneficio de una sólida instrucción, y esto se le debe al maestro. A éste, pues, hay que hablarle cortés y respetuosamente, no olvidando nunca que se toma el trabajo de instruirlos, y se interesa en que no seamos unos ignorantes. Procurar el discípulo no tener que reprocharse jamás la menor falta de consideración para con su profesor, á quien debe mirar como á su segundo padre.

Y si el niño formulase algún cargo contra el maestro, á los padres corresponde averiguar ó observar si es fundado, y poner remedio, mas no dando alas á la criatura: de este modo evita que dé en la costumbre de ir siempre con quejas, que si una vez son justas, otras no tienen fundamento alguno.

No es conveniente ni cortés hacer esperar á los profesores; el discípulo debe ser quien espere, á fin de que cuando aquél llegue lo encuentre ya dispuesto, y con los libros, cuaderno, pluma, tinta y lápices preparados para no demorar lo más mínimo el momento de la lección.

Cuide el alumno de coger, de las manos del profesor cuando entre, el sombrero, y colocarlo sobre una silla; y no deje de dárselo cuando se retire.

Si es profesora, saldrá siempre que le sea posible á recibirla; y en caso de que esa señora lleve paquetes ó manguitas, sombrialla ó paraguas en la mano, cuidará, tanto de desembarrarla de ellos cuando llegue, como de dárselo cuando se vaya.

Y tanto si es profesor como profesora, lo natural es acompañarlos hasta que abran la puerta para irse.

Si es en invierno, y el profesor lleva abrigo y se lo quita para entrar en casa del discípulo, éste, si es que no puede por sí mismo ayudarle á ponerse cuando se va, llamará á un criado ó criada para que lo hagan.

Deber, y no de los menos importantes, es, en los padres, cuando su hija tiene profesores, que si la misma madre no puede, el aya ó la criada de confianza (que no sea ésta muy joven), presencien *siempre* la lección de su hija, colocándose á conveniente distancia para no distraer la atención de la discípula.

Cuando llega la fecha en que hay que pagar al profesor ó profesora, se envuelve el dinero en un sobre, dirigido á él ó á ella, y se coloca en la mesa donde se da la lección y en el sitio que uno ó la otra suelen ocupar, porque denotaría falta de urbanidad y delicadeza dar el dinero en propia mano, como si se tratara de una propina ó cosa por el estilo.

Y no hasta pagarles los profesores merecen otro género de atenciones: este cuidado corresponde á los padres, que con su conducta dan en todo y por todo ejemplo á los hijos: á los profesores hay que hablarles de vez en cuando, no sólo de los estudios y aplicación del discípulo, si que también de sus propios intereses, es decir, de sus penas si las tienen, ó de sus alegrías, si disfrutan de ellas, claro está. Y si están de luto, se les da el pésame, ya aguardando á que vaya á dar la lección, sino por medio de una carta, ó yendo en persona á visitarlos.

Cuidará también la familia del discípulo de enviar al maestro un recuerdo por Navidad, recuerdo en armonía con la posición del donante, y el día del santo no deben olvidar enviarle tarjeta, aun cuando el profesor no celebre ese día, y lo dedique, como los demás, á dar lecciones.

Alguna que otra vez debe invitarse al profesor ó profesora á comer, sea cual sea la posición de la familia; no hay en ello el menor inconveniente, pues se sobrentiende que nadie busca personas mal educadas para instruir á sus hijos, sino todo lo contrario.

Cuando se trata de los colegios, ya no pueden los padres, por más que lo deseen, ser tan exigentes, puesto que no pueden presenciar las lecciones, é ignoran, por tanto, algo de la conducta de sus hijos; es decir, que ni consiguen adivinar qué hablarán, ni qué oírán aquellos en las conversaciones con sus condiscípulos, entre los cuales habrá niños y jóvenes de buena y de no muy buena índole, cuyo ejemplo ejerce casi siempre gran influencia en el ánimo de las criaturas.

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE.

Continúa.

TÁCTICA CONYUGAL.

HL Sr. Orozco, joven aún, bastante rico y de verdadera notoriedad por su cuna y por su talento, es uno de los pretendientes más infatigables: ministros, subsecretarios, directores generales, jefes de sección..... todos los altos funcionarios le conocen en aquel concepto.

No tiene más ambición que servir á los demás, por lo que su sala es una verdadera oficina de colocaciones.

Su esposa, acaso por espíritu de contradicción, ha intentado varias veces contrarrestar su influencia para no perder á los más ágiles bailarines, ó á los más ingeniosos charlatanes de sus reuniones, que le arrobanan su marido; pero ¡imposible! El Sr. Orozco hace ascender en sus respectivas carreras á cuantos le son presentados por su esposa y al que no tiene carrera se la da. Ninguno permanece inactivo ni sigue viviendo en París.

Como la esposa es linda y sus protegidos no son feos, los maliciosos no dejan de sacar partido de la conducta del marido protector.

Pero el Sr. Orozco no merece seguramente semejantes burlas. Celoso de su esposa, y teniendo á su coquetería, ha tenido el buen acuerdo de no crear escenas de celos, de no proferir *ninguna* amenaza, de no exponerse al menor ridículo. Por eso, á pesar de la amenaza que pesa sobre él,

nunca ha podido considerarse engañado en los diez años que lleva de matrimonio. Su procedimiento es tan ingenioso como infalible: en cuanto observa que hay un enamorado cerca de su esposa, se apodera de él y lo deporta á un empleo lejano. De este modo ha ganado algunas amistades positivas, y lo que vale más, ha conseguido que la estimación de su esposa se convierta en amor.

El Sr. Orozco entró recientemente en el cuarto de su esposa y la encontró de excelente humor, hojeando un álbum de dibujos militares.

—Esposa mía—le dijo—vengo á pedirte compasión.

—¿Por qué causa?

—Vas á saberlo. En diferentes ocasiones me has censurado la manía de proteger á tus amigos y convertirlos en míos. Hoy me declaro vencido, y si no eres tan generosa y de carácter tan grande, como ingeniosa y linda, no me quedaré más recurso que expatriarme. Ya sabes que soy incapaz de un asesinato, un duelo ó un divorcio; sé que los maridos no tienen nunca perdón, me siento en peligro y vengo á interceder contigo, para que no llegue un mal irremediable.

Sorprendida la señora, cerró lentamente el álbum militar, apoyó el codo sobre él, miró cara á cara á su esposo, y le dijo con mayor curiosidad que enojo:

—Ya te escucho.

—Nuestro matrimonio, amiga mía, habría podido ser de amor; pero la vanidad y la impaciencia de nuestros padres lo convirtió en una unión de conveniencia y de dinero. No nos conocimos lo bastante para podernos amar; y cuando quise, no invocar mis derechos, sino hacérmelos perdonar; cuando quise hacerle la corte, observé que tú, involuntariamente sin duda, pero no sin cierta satisfacción de amor propio, atraías otros homenajes que no eran los míos. Era preciso luchar y luché. Mi primer rival serio era un poeta, y se lo disputé la gloria de recitar versos en tu salón. Se los aplaudí, y contribuí á que se los aplaudieran y á sus éxitos exteriores. Le distraje de la admiración que tú le causabas, y que pronto llegó á parecerle menos agradable que su admiración á sí mismo y la que el mundo le tributaba. Cuando logró la aureola que yo soñaba para él, quise metalizar sus rayos y logré casarle con una muchacha muy rica. Hoy viaja con ella por Europa, inspirándose en las maravillas de la Naturaleza. Hoy le consañas tú de menos talento, y él, por el contrario, cree tener mucho más. Así que no podéis entenderos. ¿Hice bien?

—Sí—contestó la esposa sonriendo—aunque tu precaución era innecesaria. Empezaba á notar que en sus versos había mucha hueca palabrería y muy pocas ideas....

—Sobrado sabía yo que no podrías ser su víctima, pero si su Amal; y esto era para mí un principio de ridículo. Respecto al amable abogado X..., cuya charla te aturdira y era posible que te llegase á comover, le mandé á un Juzgado de entrada, y hoy está en posición de llegar á ser un magistrado insignie. Después se ha casado muy bien, y teme sin duda llegar á ser ministro, porque ha enfrío notablemente su amistad para conmigo. Le espanta el peso de la gratitud.

Respecto á ese, te confieso que la precaución fué oportuna y el remedio eficaz: hoy le desprecio.

No te recordará, querida amiga, los otros muchos tipos que he logrado apartar de ti. Me fijaré sólo en B..., que tenía la poesía del primero y la elocuencia del segundo. Le hice nombrar secretario de un gobierno civil, con honores de jefe de Administración, y el pobre fué tan vano que se apresuró á enviarte su retrato con el uniforme de administración, lo cual te hizo soltar una carcajada.... Si te hubiera producido otro efecto el regalo, tenía ya acordado enviarle á uno de los gobiernos de Filipinas ó de la isla de Cuba.

—No.... no te molestes en ascenderle!

Mi excelente amigo el diputado R.... me causaba también algún malestar, y hoy es ministro plenipotenciario y se halla en camino de ser embajador.

—Eres verdaderamente un marido magnánimo!

Hoy mi magnanimidad será inútil, si no me ayudas tú. Recibes al teniente general X..., y le recibes demasiado bien, por el prestigio sin duda del uniforme; pero como no puedo ascenderle á capitán general, ni declarar la guerra para darle el mando de un ejército, mi situación es bien triste.

No, Orozco: á pesar de que no he corrido todos los riesgos que supones, tu conducta me demuestra tu amor, y yo sería una insensata si no correspondiese á él.

Y después de un prolongado abrazo, que unió á los esposos, dijo él:

—¡Gracias á Dios, no tendré que volver á hacer antesalas á los Ministros!....

M. OLLER BUSTAMANTE.

LA COQUETERÍA.

Si, como se ha dicho hasta la saciedad, la coquetería es el arte de agradar, preciso es reconocer que todas las mujeres son coquetas.

Y se comprende: porque el desco de parecer bien es innato en el bello sexo.

No hay mujer, por modesta que sea, que no albrigne ese desco, que se manifiesta en algunas desde su más tierna edad.

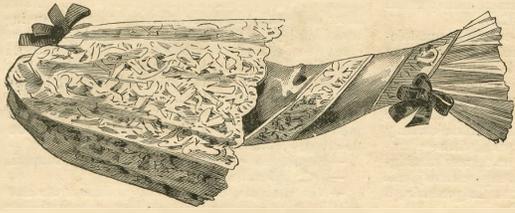
Por eso el que á las mujeres les agrade com-ponerse.

Es lógico: si la mujer ha nacido para el hombre, no encuentro censurable el que quiera aparecer agradable á sus ojos.

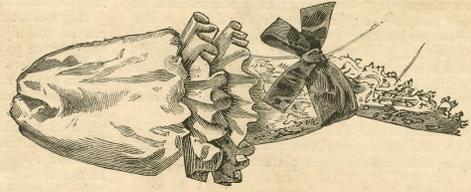
Con ello no hace más que cumplir uno de los fines de la Naturaleza, porque el asco y la elegancia no están, como algunos creen, reñidos con la virtud.

Podrá ser el arte de agradar, como otros opinan, una manifestación inocente de la coquetería; pero niego en absoluto que á una mujer pueda tildársela de coqueta porque le guste parecer bien.

La coquetería es otra cosa muy distinta: la falta de pudor. Ninguna mujer tímida es coqueta.



14. — Manga Olga.



15. — Manga Marquosa.

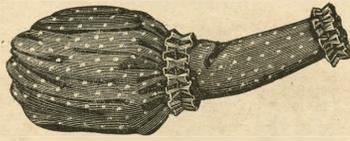


16. — Traje de paseo. Delantero. Véase el dibujo 77

Copyright, 1892, by Harper and Brothers.



Copyright, 1892, by Harper and Brothers.
17. — Traje de paseo. Espalda. Véase el dibujo 16.



20. — Manga para traje de calle.



21. — Manga para traje de calle.



18 y 19. — Detalle de la entretienda.
Espalda y delantero.



22. — Traje de visita.

Copyright, 1892, by Harper and Brothers.

La ligereza de carácter, la vanidad y la falsía son las principales causas del coquetismo.

Una mujer voluble podrá no ser coqueta, pero está en camino de serlo.

Otra fatua ó engreída de su hermosura hasta el punto de creerse una diosa, lo ha de ser forzosamente: las divinidades gustan de adoradores.

La falsedad es propia de las coquetas: no en vano se ha dicho que la coquetería es el arte de fingir.

En este arte son ellas grandes maestras: no hay cómica que les aventaje.

No debe extrañar: porque hacen promesas que no piensan nunca cumplir.

Los filósofos anatemitaron siempre á las coquetas; se llenarian algunos volúmenes con sólo recopilar las máximas más ó menos duras que á propósito de ellas escribieron.

Los poetas no las fustigaron menos: raro es el vate satírico que no ha escrito en contra de las mismas un epigrama.

Todo el mundo conoce aquella sangrienta copla:

Eres una, eres dos,
Eres tres, eres cuarenta,
Eres Iglesia Mayor
Donde todo el mundo entra.

Y aquella otra burlesca, que forma *pendant* con la anterior:

Dama de veinte galanes,
Y conmigo veintuno,
Si todos son como yo,
Te quedarás sin ninguno.

Esto prescindiendo de los muchos símiles y frases que acerca de las coquetas se han hecho, desde el compararla por lo inconstante á las mariposas que vuelan de flor en flor, hasta el llamarlas veletas que giran siempre según el viento que sopla.

Severas son tales diatribas, pero merecidas.

Los psicólogos trataron de estudiar á la coqueta, y se encontraron con una novedad: ¡que no tenía alma!

Los fisiólogos quisieron hacer anatómicamente otro tanto, y se encontraron con otra: ¡que no tenía corazón!

Miento: en el lugar que éste ocupa en el cuerpo humano, según un escritor festivo, habla otra cosa: ¡un pedazo de corcho!

Yo dudó que las coquetas carezcan de corazón; pero creo que, si lo tienen, debe estar blindado.

Así se explican sean insensibles á los flechazos de Cupido; porque una coqueta no puede amar.

Desde el instante que amase dejaría de serlo.

Por eso ha dicho madama de Coigny que una coqueta que toma amante es una reina que abdicó.

Pero pocas son las que llegan á este caso.

El incienso, la vanidad y, sobre todo, la satisfacción de imperar en una corte de adoradores, pueden más en ellas que los tranquilos y honrados goces de un sentimiento puro y elevado.

Satisfacción tonta, porque ningún hombre que rinde culto á estas mujeres endiosadas, á no ser un necio, tiene el poco talento de buscar en ellas la dulce compañera de su vida.

Se comprende: una mujer de este especie puede ser una dama galante, pero nunca una buena esposa.

Las coquetas son los *biblotés* animados de los salones: como éstos, recrean la vista y entretienen agradablemente el tiempo: los hombres de mundo las toman por lo que verdaderamente son, como obras de arte; únicamente los majaderos que tienen la debilidad de amarlas salen engañados: las creen mujeres, cuando realmente no son otra cosa que un enjambre de mariposas.

Las coquetas cuentan sus triunfos por el número de sus adoradores. Los billetes amorosos y los retratos de sus pretendientes son los trofeos de sus victorias que conservan siempre con el orgullo de un conquistador. En la edad madura estos objetos son las armas que escriben, con más ó menos diplomacia, pero siempre con dañada intención, para conseguir un nuevo triunfo ó evitar el de una afortunada rival: en la vejez constituyen sus recuerdos de gloria.

El que escribió que la indiferencia es el infierno de las coquetas, dijo una gran verdad. En efecto: nada hay que hiera tanto el amor propio de estas sirenas como un hombre que se muestre indiferente á todos sus encantos: por una conquista de este género son capaces de renunciar al culto rendido por cien adoradores, que es el sacrificio más grande que á una coqueta se le puede exigir.

La astucia es la compañera inseparable de la coquetería: toda mujer coqueta tiene algo de la serpiente del Parnaso que fascina á nuestra madre Eva. Sin la astucia, la coquetería no podría existir, porque la coqueta debe estar siempre prevenida contra cualquier asechanza: por eso ha dicho Landá que se puede sorprender al enemigo menos vigilante, pero nunca á una coqueta.

Síntesis: no hay coqueta tonta.

Si la diplomacia, como algunos políticos opinan, es el arte de manifestar lo que no se piensa, yo creo que, andando el tiempo, los Gobiernos acabarían por bonfiar á las coquetas las embajadas. Harán bien: nadie como ellas para desempeñarlas; porque el cargo de embajador requiere también algo de coquetismo: al fin y al cabo, estriba su ciencia en hacer ver lo blanco negro.

La senda de las coquetas parece que está sembrada de flores; pero no es así, porque las espinas abundan más que las rosas. Todas las victorias, todas las vanidades del amor propio satisfecho, no están compensadas con las amarguras que la triste vejez les depara. Si en el otoño de su vida tienen bastante talento para retirarse á tiempo de un mundo en el cual no imperan, corroidas por la envidia, se hacen gazmoñas; si, por el contrario, olvidando que pasaron para jamás volver sus buenos tiempos, insisten en dilatar su reinado, resultan ridiculas.

En uno y otro caso, el abandono y la mofa son el castigo de su veledad.

Justa explicación.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

EL PODER DEL ORO.

Continuación.

XIII.



ARFA y Luis, después de un viaje que les pareció interminable, llegaron á Madrid. Violeta no estaba ya en su habitual vivienda, sino en una casa especial destinada al cuidado de las señoras enfermas, á la que había ido por consejo del célebre operador á quien, en último extremo, la había confiado el doctor Aznar.

El médico anciano que acompañaba á Violeta había querido que la volviese á ver éste, y Aznar, al encontrarse con su cliente, cambió repentinamente de opinión, frunciendo las cejas significativamente.

— ¡Está usted mal, señora, muy mal!... ¡Ha tardado usted mucho tiempo en consultarme!

Violeta no intentó siquiera contestar á aquellas palabras, con las que el Doctor quería eludir toda responsabilidad, y que eran gravísimas en sus labios, tan tranquilizadores generalmente. Se sintió perdida, y muy pálida, aunque con voz tranquila, preguntó:

— ¿Cuántos días puedo vivir aún?

Aznar, cortado, bajó los ojos ante aquel valor tranquilo.

— ¡Oh, señora! no es un caso perdido.... Sólo que es preciso consultar á un cirujano.

— ¡Nunca!— exclamó Violeta, estremeciéndose ante aquella idea.

— La medicina no puede ya nada; pero la cirugía....

— ¡La medicina, que tanto había podido hasta entonces!

Violeta experimentó verdadero asco ante aquel charlatanismo tenaz; pero comprendió que aunque sólo hubiera una probabilidad entre mil, debía intentar vivir para María.

Entonces comenzó una serie de gestiones, visitas, consultas y confidencias de médicos célebres, en que todos citaban casos clínicos y autores ilustres, en que todos querían acertar, pero resignándose todos anticipadamente á un error que, en suma, no alcanzaba á la ciencia.

Decidiese por fin que el célebre cirujano, el émulo de Aznar, intentaría una operación, y Violeta, enervada y verdaderamente enferma por aquellas discusiones contradictorias y por ser objeto de experimentos, consentió á todo con una resignación que era sólo un gran cansancio. Buena el morir.... ¡pero morir en seguida, y sin mayores sufrimientos!

Violeta entró en aquella casa de salud en una noche lluviosa y llena de barro.

Al abandonar el saloncito en que durante tanto tiempo había trabajado, soñado y vivido con las queridas creaciones de su inteligencia, sintió que el corazón se le oprimía, como en una postrera despedida. Tuvo la intuición de que lo era verdaderamente. Cuando llegó á la casa de salud se le hizo entrar en un sombrío locutorio, alumbrado solamente por una vela. ¡Qué soledad la suya! Ni un ser amado junto á ella que le ayudase á sufrir sus horribles aprensiones, sus indomables terrores físicos, ante la sola idea de los médicos y cirujanos.

Presentóse por fin una religiosa y la guió á una habitación en que se veía una cama de hierro con cortinas blancas, como las de las celdas de los conventos. Allí pasó dos días aguardando que la ciencia acudiera á su curación, después de haberse puesto de acuerdo con Guevara y escrito á María prohibiéndola venir.

Era de noche, y Violeta extendida en un sillón escribía, sin otros descansos que aquellos á los que la obligaba su debilidad: escribía su último libro, la suprema afirmación de su personalidad. En los terribles días de prueba que había querido sufrir sola, se había obstinado en aquel trabajo con extraordinario valor, forzando á su fatigado cerebro á que pensase y á sus dedos débiles á que escribiesen.

Parecía que no había hecho hasta entonces el uso debido de su buen talento; que no había aplicado aquel divino don al servicio de las ideas grandes y generosas, que tienen tan pocos defensores en el mundo.... Violeta, como todos los grandes artistas, dudaba de sí propia, y su obra, vista desde el borde de la tumba, le parecía tan mezquina, que en un postrer libro quería dar la medida de lo que era realmente.

Aun le faltaban algunos capítulos.... cuando al día siguiente se apoderaron de ella aquellos hombres.

A ratos, y para descansar, apoyaba la cabeza en el respaldo del sillón y pensaba en María, en lo que sería de la pobre niña cuando supiera lo que iba á pasar.

Ya era tarde, y sólo se escuchaba el ruido de la lluvia en el exterior, y dentro de la casa los pasos de algunas de las religiosas enfermeras, que andaban como sombras. Violeta miraba fijamente el fuego de la chimenea, y se preguntaba qué contestaría la niña á su carta y cómo no la había contestado ya.

En la habitación inmediata, separada por delgado tabique, deliraba otra enferma, percibiéndose frases rápidas, canciones interrumpidas bruscamente, aires musicales impregnados de tristeza. Una religiosa hablaba con dulzura á la enferma, y Violeta pensaba en si ella sería al siguiente día, no un ser inteligente, sino un cuerpo animal que sufre.

De repente se escucharon otras voces de personas que parecían pararse á su puerta.... ¿Acaso la religiosa encargada de su cuidado? No.... la enferma, aun sin abrir los ojos, conoció quién era. ¡A pesar de sus órdenes había venido!.... Y antes de poder articular una palabra, sintió á María arrojada junto á ella y besándole la mano.

— Vamos, señorita— dijo con suave entonación la religiosa que la había condeicido;— esas emociones pueden perjudicarla. Si usted continúa así, me verá obligada á rogarla que se ausente.

No— dijo María suavizando su voz altiva hasta un tono suplicante.— Déjeme usted aquí, no lloraré, no diré nada, haré cuanto quiera usted. Ahora sea usted buena y déjeme sola.... Estaré muy tranquila. ¿Habría de querer causarla un daño?

— Dejaré á ustedes diez minutos; pero en seguida tiene

que acostarse la señora. Es una imprudencia fatigarse escribiendo hasta tan tarde. Piense usted que será mañana á las ocho....

Violeta observó que María se estremecía; la miró sonriendo y la vió muy pálida, aunque esforzándose por aparecer tranquila.

— ¡Pobre niña!.... Te había prohibido venir. ¿Por qué me has desobedecido?

— Porque mi puesto es á tu lado— contestó María, intentando también sonreír.— No te dejaré, porque he obtenido permiso de pasar la noche aquí. Mañana me verás antes de la operación, y después también estaré aquí para cuidarte durante toda tu convalecencia.

— ¡Oh! no será muy larga.

María creyó observar el sentido ambiguo de la frase, y quiso hablar de otra cosa.

— Pero ¿qué estás haciendo? Escribir.... ¡Qué locura!

— No, hija mía, es una necesidad invencible.... Y no he acabado.... Uno de mis sufrimientos es no poder acabar esto.... Aquí hay unas notas que yo había formado.... algo descosidas.... Tú procurarás ordenarlas y las publicarás al fin del volumen.... Ocho días me habrían bastado; pero parece que no hay tiempo para tanto.

María, siempre de rodillas á su lado, ocultó su rostro en el hombro de la artista sollozando: entonces Violeta la abrazó estrechamente, tratando de consolarla de la angustia del momento y del dolor futuro. No se hablaron nada, ni intentaron buscar vanas palabras de esperanza. María se limitó á llorar amargamente.

La religiosa que entró á la sazón la reprendió por haber sido tan poco razonable, y la condujo á un cuarto de los pisos altos, pequeñísimo, con un pedazo de estera vieja por todo abrigo, una alcobita aguardillada y dos sillas de paja. Nunca había visto María nada semejante. En la ventana de aquella guardilla estuvo largo tiempo respirando el aire frío de la noche, y mirando las calles desiertas de aquel barrio para ella desconocido.... Parecía todo aquello un sueño horrible del que habría de despertar.... No podía ser cierto que ella, María Garay, estuviera en aquella casa llena de mujeres moribundas, ni que Juana fuese á morir allí.... ¡Ser tan rica y no poder nada! ¡Sentirse tan débil, tan pequeña y tan impotente como la última mendiga de la calle! ¡Con qué placer habría entregado todos sus millones á los médicos, de poder salvar á Juana! ¡Y qué rica habría sido en su pobreza con aquel cariño que se la escapaba de entre las manos!

XIV.

Una religiosa acudió á despertarme por la mañana muy temprano, y aun recuerdo el espanto que me produjo hallarme en aquella habitación desconocida y miserable. Me vestí sola con bastante torpeza, y me recogí el pelo como pude, mientras vete desde mi guardilla cómo iba buscando el sol los tejados de enfrente.

Bajé, y Juana se había levantado ya y aguardaba en un pequeño locutorio, porque la operación debía efectuarse en su mismo cuarto; algunas religiosas se aprestaban á quitar las cortinas y muebles que pudieran entorpecer la entrada de la luz.

En el momento de ir á entrar, un imprevisto encuentro me hizo estremecer: un sacerdote salía de ella, y su vista me produjo un dolor sin nombre.

Juana se había puesto á escribir de nuevo, y al pronto no advirtió mi llegada: al apoyarse en el respaldo del sillón con signos de cansancio, me vió, y entonces me acerqué con el valor que me había propuesto demostrar.

Permanecimos silenciosas, con su pálida mano entre las mías y oyendo al lado el ir y venir de las enfermeras y todos aquellos preparativos. No hablabamos nada por temor de llorar, y así pasaron los minutos, que eran siglos de tortura.

Sentí estremecerse á Juana, y oí la voz de un hombre que llegaba: el médico. Miré á la enferma, y la vi, aunque pálida, animosa; yo creía á cada momento que iba á desmayarme. Otros hombres hablaban con el primero. La entrada de una religiosa nos advirtió que era preciso prepararse, y yo misma ayudé á aquella á poner á Juana el vestido de las operaciones.... Una voz impasible, aunque cortés, dijo desde fuera:

— Sírvase usted venir, señora.

Juana me cogió en sus brazos estrechándose sobre su corazón en uno de esos abrazos en que se funde todo el ser. Sentí que sus labios se fijaban sobre mis ojos cerrados, y que me decía con un acento inolvidable:

— ¡Adiós, hija mía!

Después ella misma abrió la puerta, y vi en el corredor no sé á quién.... religiosas, médicos, ayudantes con delantales blancos como los de los carniceros. Me pareció que iban á matarla, que todos estaban de acuerdo para su martirio con aquellas horribles cuchillas extendidas sobre una mesa....

Un arranque de locura pasó por mi cerebro y quise entrar allí; pero alguien me detuvo, y una puerta se cerró.... No vi nada, y lloré, lloré copiosamente, lo cual me sirvió de alivio. Nunca hubiera creído poder sufrir tanto. En la capilla de la casa intenté rezar; pero el mismo sufrimiento me lo impedia....

Al cabo de dos horas acudió una mujer á buscarme, y al volver al cuarto pude ver aún en el corredor que llevaba á la misma, y entre los muebles amontonados, vasos llenos de esponjas sangrientas, el lecho de operaciones, un olor marcadísimo á cloroformo, varias religiosas hablando en voz baja, y un hombre alto y canoso que salía rodeado de otros muchos que le felicitaban.

— Admirable operación!

— Nunca se la he hecho cosa parecida.

— Es inexplicable que no haya quedado la enferma en la operación.... ¡Lo fuertes que son las mujeres!

Yo me dirigí á aquel hombre, preguntándole ansiosamente:

— ¿La salvará usted?



23. — Traje para señoritas.

—¡Oh! No lo creo imposible.... Desde el momento en que no la muerta en la operación, puede esperarse mucho.... ¡Apostaría por ella!

—Esto lenguaje me hacía mucho daño, y viendo sin duda mi rostro, se apresuró á añadir aquel hombre:

—Señorita, el caso es muy grave, pero no desesperado, en el caso de que la fiebre no la mate esta noche. Pero nada de hacerse ilusiones. Si tiene familia, debe usted telegrafiarla.

Los demás opinaron también que debía telegrafársela, á la vez que felicitaban calorosamente al operador. Afortunadamente, Aznar no estaba allí, pues le habría felicitado yo de muy distinto modo.

Entré aterrada todavía por la insensibilidad de aquellos hombres, cuando era la cosa más natural, pues no veían como yo un ser adorado y al que iba á perder. Se hallaba aún inconsciente, con los ojos cerrados y pálida como una muerta. Me incliné sobre el lecho, y una de las enfermeras me aconsejó que hiciera algo útil, impidiendo á la doliente que se agitara. La cogí un brazo, y sintiendo entre mis manos el débil movimiento del mismo, y en el cual concentraba cuantas fuerzas le quedaban, me faltó el ánimo y sufrí un desmayo....

¡Iace dos días, y el operador viene asiduamente á verla. He seguido minuto por minuto todas las fases de su dolencia: le tengo fiebre á la par que ella; me he sentido mejor cuando ella lo estaba. Para nada sirvo, pero no quiero apar-

tarne de ella un solo instante. En su delirio pronunciaba frecuentemente mi nombre, haciéndome siempre llorar. Hay una religiosa muy buena, y á la que amo por su piedad para conmigo y por los cuidados de que me rodea para que no me ponga enferma. Cuando veo á esa mujer pasar las noches enteras cuidando á una extraña, con una abnegación tan semejante al cariño, pienso en esas gentes que niegan á Dios y se atreven á decir que en nosotros no hay más que el animal, ni más que la casualidad allá arriba.

Sor Teresa me decía anoche, viéndome horas enteras con la mano de Juana entre la mía, y espionando en su rostro una expresión de inteligencia:

—Márchese usted. La noche será buena, y yo me basto. Si se despierta, hará levantar á usted.

—No—dije—me quedo.

Y acertó al hacerlo, porque una hora después vi abiertos y fijos en mí los hermosos ojos azules de Juana.

—¿Eres tú, María?..... ¿Concluyó esto?.....

—Sí.... y curarás.

—¿De veras concluyó?—insistió con voz débil como la de un niño.—¿Y no me has dejado?..... Has hecho bien.... No me dejes aún.

Se detuvo un momento, y añadió viéndome abrazarla:

—¡Me amas!.... Eso hace daño, porque amar es sufrir. Haz que mañana venga Luis: quiero hablarle.

Poco después le volvió el delirio, porque me dijo:

—Acabo de ver á tu madre.... á mi querida Elena....

¡Hacia tanto, tanto tiempo que no la había visto!.... Estaba donde ahora estás tú.... y va á volver, porque se ha despedido hasta mañana.

La hermana de la Caridad me obligó á retirarme, y yo consentí en ello por estar muerta de cansancio y pensar que Juana estaba mucho mejor.

Al bajar algunas horas después, me encontré al médico, que haciéndome una señal y llevándome aparte, me dijo:

—No estoy contento.

—¿Pues cómo? ¿Está peor?—pregunté llena de inquietud.

—Antes de la noche habrá muerto.

Ni siquiera me indignó aquel brutal anuncio, y entré en el cuarto sin saber lo que pensaba.

—¿Has hecho llamar á Luis?

—Sí—dije con voz tranquila.—¿Cómo te sientes hoy?

—Muy bien.... Acércate mucho á mí, y no me dejes. Quiero verte.

Y como se acercase la enfermera con no sé qué droga:

—No quiero nada.... nada más que estar sola con María.

Después siguió, dirigiéndose á mí:

—Será hoy.... Quiero decirte lo y misma, prometiendo quererte siempre.... porque, aun muriendo, no se deja de amar.... Tú pensarás en mí.... y me llevarás á orillas del mar.... junto á tu casa, para que vayas á verme algunas veces.... Y cuando tengas hijos, les hablarás de Violeta.... ¡Llora, que aun te puedo consolar.

Yo no sabía que lloraba: sufría tan cruelmente, que no tenía conciencia de mi misma. Llegó Luis, y la moribunda le tendió la mano.

—Casos en seguida—le dijo;—es mi voluntad.... He legado á María toda mi fortuna, bien exigua.... unas 25.000 pesetas de renta. Cuando estéis casados, haced donación de toda la fortuna de María á los pobres, y así os veréis libres de esa riqueza que tan desgracia la ha hecho. Trabajad y amaos, y así seréis felices.

Y guardó silencio por la fatiga que sentía.

¡Dos horas estuvimos viéndola sufrir! Un sol alegre penetraba por la ventana, y ella lo miraba fijamente. Sus manos estaban frías, aunque yo procuraba calentárselas con mis caricias y mis besos. Una vez murmuró:

—Sin acabar mi obra!

Después me miró con ojos extraviados, diciéndome:

—Elena.... hermana mía.... ¿eres tú?.....

Sufrió un estremecimiento profundo, y al abrazarla observé que sus hermosos ojos me reconocían por última vez.

¡Oh! ¡qué horrible aquella noche que siguió, mirándola fría, insensible, indiferente á mi desesperación!.... ¡Ella que tanto me amaba, cómo podía ser que no me oyera llamarla, que no me mirase ni me hablara!....

XV.

Había llegado el día de la apertura de la Exposición de Bellas Artes, y el palacio destinado á tal objeto en el paseo de la Castellana se hallaba lleno de ese coto de Madrid, que nunca falta á las solemnidades literarias y artísticas.

María y Luis, casados desde tres años antes, habían llegado á sus salones, penetrando confundidos entre los verdaderos aficionados y los simplemente curiosos, saludando á las celebridades del arte y de la prensa, y cambiando amistosas frases con los amigos. María analizaba con mirada fina y burlesca las mil comedias que se desarrollaban á su lado; el entusiasmo de algunos pintores; la excesiva humildad con que otros se recomendaban á los críticos; las lamentaciones de los que tenían sus lienzos muy elevados ó á poca luz; los comentarios hechos, ya ante el frío trabajo académico, ya ante las osadías de los entusiastas por la mitología griega. En el salón principal, entre un asunto fúnebre y el retrato de un hombre político, velase un lienzo en el que se hallaba pintada una joven rubia, de ojos verdes y

labios rojos, que destacaban sobre la frescura de su tez, teniendo en sus faldas, con la naturalidad y sencillez de las Virgenes, á una niña de cabellos de un rubio plateado.... Un numeroso grupo de gente se hallaba estacionado enfrente de él, y María se ruborizó viéndose expuesta á la admiración pública. Guevara miró su obra con el temor de que no le gustase como en su estudio; pero se tranquilizó pronto. El colorido sombrío de los dos lienzos de sus lados hacían resaltar los tonos plateados y las encarnaciones rubias de ambas figuras. El pintor sintió la satisfacción profunda é íntima que puede abrigar un verdadero artista viendo realizado su pensamiento. Miró á su esposa sonriendo, y dijo:

—¿Quisiera saber cuánto me duría por ese cuadro la señorita María Garay.

—¿Bastan veinte mil francos?—contestó ella, recordando el día de su conocimiento.—¡Y pensar que ahora no tengo para alfileres ni siquiera esa mezquindad!....

Y mientras se reían ambos esposos, una señora se acercó á ellos y tocó en el hombro á María.

—¿Se rie usted por verse tan linda? No sea usted vanidosa. Guevara es un adulador que la ha favorecido á usted notablemente.... por coquetaría de propietario.

—¡Oh, señora!—exclamó María, reconociendo á su amiga la Embajadora, y apretando su mano—¿ya usted á decirme cosas desagradables, así en público?

La anciana la contempló un minuto y con marcado interés, y la vió radiante de juventud y de felicidad.



24 à 26.—Trajes para niñas de 6 à 9 años.



27 y 28.—Corpiño de surah.
Espalda y delantero.



29.—Traje de casino.



30 y 31.—Trajes de paseo.

— ¡En verdad que no vuelvo de mi asombro! ¡Habe dado sus millores á los pobros, reservándose lo preciso para no morir de hambre, y parecer tan feliz!... De haber es tado yo aquí, no le habría dejado á usted comer semejante tontería ó locura, que no de otra manera se debe juzgar... ¡Y este pintor! Un hombre á la moderna... que le permite hacerlo y que lo aprueba... ¡Eso es demasiado!

— ¡Verdad que sí!— dijo alegremente María.— Pues así y todo, hemos hecho un buen negocio con nuestro matrimonio.

La anciana cogió el brazo á la joven, y dijo: — Vámonos á un rincón, y me contará usted su vida en los tres años que hace falta de esta capital.

Y mientras que María proseguía explorando la Exposición de pinturas, detenido al paso por los que son amigos que se tienen cuando se logra un éxito, y que le aseguraban obtendría medalla, María y su amiga se dirigieron al salón del grabado, generalmente solitario á pesar de los primeros que figuran en él. Sentadas en un diván permanecieron allí solas: pues si algún curioso, extraviado en los salones, penetraba en aquel, no tardaba en dejarlo.

MARÍA W.

de recogerse, con miel común, pues esta blanquea y snaviza mucho el cutis.

Como dice muy bien, nada hay más bonito que lo natural, sobre todo cuando se tiene poca edad: así es que no le aconsejo que use nunca nada que se parezca á pintura ó blanquete; porque estos afeites casi siempre resultan nocivos.

A SIRENPREVIVA.—La enagua de *swah* no es de cola, pues sólo va rozando el suelo.

Manga larga.

La desposada no lleva joyas: se las pone después de la ceremonia.

El luto no impide que se le haga el regalo á esa señorita. Con los dulces se envían las tarjetas de los padres.

Son más de moda los platos de cristal, en distintas formas, ó de porcelana (imitación antigua).

A no ser que esos señores entren muy en conversación durante la noche ó tarde en que han sido presentados, no debe ofrecerse la casa ni sus servicios. Solo al despedirse se dirigirán palabras de cortesía.

A D. ISABEL F.—Pasado el año, puede aliviar el luto de hermana, hacer las visitas que indica é ir á los paseos públicos.

Medio año de alivio es suficiente.

A D. TRINIDAD R. DE C.—Ya he dicho en otro número, hace algún tiempo, que para devolver su brillo á las alhajas, montadas en oro ó plata, basta generalmente frotarlas en una piel suave. Si no reaparece inmediatamente el brillo, se emplea el espíritu de vino ó agua muy cargada de jabón blanco: se las deja secar entre serria y se las seca después con una piel muy fina. Esta habrá de serlo tanto más, cuanto más relieves ó huecos tengan las alhajas.

A las alhajas de aluminio se devuelve la brillantez frotándolas con un agua en que se haya disuelto un poco de carbonato de sosa.

A las de acero se preservará del moho limpiándolas con alcohol y serria.

A D. FRANCISCA S.—Los mantos de luto rigoroso son de vara y media de ancho. Se llevan con velo de granadina mate, que tenga un ancho suficiente para colocarle vuelto y recogido en el cuello, que es como se usa.

No es de moda llevar al cuello lo que indica.

El papel de cartas se usa inglés, de tamaño igual al de la suya; se timbra en el lado izquierdo con iniciales enlazadas, muy pequeña, y el borde negro es más ó menos ancho, según el rigor del luto.

A UNA GOLOSA EN BILBAO.—Ofrezco á continuación la receta para hacer *caramelos de chocolate*. Se toman dos tabletas de chocolate, y se parten muy menudamente, poniéndolas al fuego con un poco de agua; cuando están fundidas se agrega en la cacerola vaso y medio de leche é igual cantidad de azúcar y dos cucharadas de miel; después de hacer cocer esta mezcla hasta que haya obtenido bastante solidez, se vierte sobre una placa de mármol, se deja enfriar y se corta en cuadraditos pequeños.

A D. EULALIA A.—Tenga la bondad de repasar nuestros números anteriores, y verá que en la *Hoja-Suplemento* de algunos hemos publicado, no sólo letras sueltas y abecedarios completos de mayúsculas y minúsculas, sino enlaces de la letra que indica con la misma letra y con otras del alfabeto. Sin embargo de esto, procuraremos complacerla tan pronto como sea posible. No es elegante lo que indica.

PARA MIS HIJAS EN CANARIAS.—Creo que la agradecerá la receta siguiente:

En una marmitta puesta al fuego se coloca un kilogramo de filetes de vaca, una gallina vieja, una pata de ternera y tres litros de agua. Se deja cocer, y después de haberse espumado se añaden algunas zanahorias, dos cebollas, una planta de apio, dos clavos de esta especie y un poco de sal. Se deja hervir durante cuatro horas á fuego lento; se separa el caldo, y cuando está frío se le añaden dos claras de huevo batidas. Vuélvese á poner todo en la cacerola al fuego para hacerlo cocer, espumarlo y dejar que poco á poco vaya reduciéndose hasta que tome la consistencia de una gelatina que habrá de conservarse fría. Esta gelatina conviene á los enfermos y convalescientes, y puede emplearse útilmente también para agregarse á las salsas y á las carnes asadas.

A UNA RUBIA.—Puede emplear tres maneras de ondularse el cabello: con agua y una cinta, con una horquilla ó á fuego. Las ondulaciones con agua se hacen así: Se moja bien el pelo y se va liando en una horquilla rizador gruesa; para rizarle con cinta se humedece también y se colocan las cintas de trecho en trecho, antes de acostarse; por último, la manera más usual de rizarle es con tenacillas gruesas.

A LA SEÑORITA M. C. Y T.—Para conservar las nueces, se colocan en la cueva entre arena bien seca, recubiertas con su cáscara verde.

Cuando se las quiere secar hay que dejarlas al aire libre, pero no al fuego ni al sol, y ponerlas luego en un lugar seco y ventilado.

Para devolver su frescura á las nueces secas, basta dejarlas remojar durante cinco días en agua ligeramente salada.

ÁREDA P.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 32.

Solo corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.ª edición de lujo.

Vestido de casino.—Es de seda verde rayada, y va adornado de encaje negro, cintas de terciopelo y pasamanería de azabache. Falda funda, guarnecida de pasamanería, y cuerpo rematado en la falda, bajo un cinturón ancho de cinta de terciopelo. Unas cintas largas caen flotantes por detrás. El cuerpo se compone de espalda ceñida, lado de delantero y delantero cerrado en medio, ajustado con pinzas y adornado con una especie de fichú de encaje, que se abre en

forma de V sobre la espalda y el delantero, y se guarnece, hasta la cintura, de un volante de encaje; se le estrecha doblándolo en lo alto del delantero, y se le deja caer formando un paño largo y ancho, que llega hasta el borde de la falda. Cuello alto con rizado de encaje. Manga bullonada, sujeta en el codo con un volante de encaje, sobre una manga ajustada de encaje, que va guarnecida de cintitas de terciopelo.— Sombrero de encaje de paja color de encina, adornado con cintas verdes y calandulas color de rosa antiguo.

Tela necesaria para el vestido: 13 metros de seda rayada; un metro de volante de encaje, de 90 centímetros de ancho; 6 metros, de 15 centímetros, y 2 metros, de 5; 3 metros de cinta ancha de terciopelo, y 2 metros 50 centímetros de cinta estrecha.

EXPLICACION DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponden á las Sras. Suscriptoras de la 1.ª y 2.ª edición.

1. AD, enlace para pañuelos.
2. Tira de bordado á realce, para ropa de cama.
- 3, 4 y 5. M T ó T M, enlaces estilo japonés para pañuelos.
6. Cansú y pechera para camisa de señora.—Este cansú se hace á festón todo alrededor, el pechero á cordoncillo, el ramo al realce y cordoncillo.
7. CM, enlace para pañuelos.
8. RT, enlace para servilletas.
9. Enlaces de la letra C con las demás del abecedario. (Véase la *Hoja-Suplemento* de los núms. 22 y 26.)
10. Letras T á Z, conclusión de abecedario para toallas y servilletas. (Véase la *Hoja-Suplemento* de los núms. 14, 17 y 28.)
11. AQ, AV, enlaces de la letra A con las demás del abecedario. (Véase la *Hoja-Suplemento* de los núms. 20, 22 y 26.)—Estos enlaces se aplican á toallas, paños de tocador, etc., etc.

AGUA DEL CONGO PARA EL TOCADOR.

El *Agua del Congo*, compuesta de principios vegetales, no tiene absolutamente rival: su esencia y sus cualidades refrescantes son superiores á las de todos los productos conocidos hasta el día, y su uso cotidiano, de maravilloso efecto para la higiene, se debe recomendar con verdadera constancia y eficazmente á las familias.

Victor Vaisnier, inventor del Jabón del Congo. Depositario: Mr. Boidin, 19 y 21, Principe, Madrid.

CEREBRIDAD PARISIENSE.

Nada de aquellos bustos rígidos y sin gracia que antes se veían con frecuencia, y que se ven aun algunas veces: Madames DE VERTUS SEURS (12, *rue Auber*, en París) han cambiado todo eso.

La *Chânière Parlante* y el *Corselete Infanta*, estos dos graciosos y ligeros corsés, que parecen, por lo *minimo*, propios de niños, son dos creaciones de Mmes. DE VERTUS SEURS.

No nos cansaremos de repetir que los dos, aunque de corte diferente, se acomodan á todos los talles, y son elegantes, de seductora coquetería, que dan al busto la esbeltez exigida por la moda. Su corte, que es perfecto, alarga el talle y le presta flexibilidad y gracia. La *Chânière Parlante*, de proporciones diminutas, por decirlo así, conviene á todos los trajes, particularmente á los de paseo y de verano, pues cualquiera diría que ha sido creada expresamente para las *toilettes* ligeras y vaporosas; y conviene recibir para los vestidos de recepción, de banquete y de *soirée* el *Corselete Infanta*, cuyo corte modela el talle y demarca las caderas, sin producir molestias de ningún género.

Estos dos corsés se hacen, para la estación presente, en batista de hilo y en batista de seda.

PAPELERÍA

DE ANDRÉS GARCÍA
23, ALCALÁ, 23

Gran surtido en papeles ingleses, franceses y del reino, escribanías, papeleras, tinteros y todo lo necesario para oficinas y escritorios particulares. Novedades en potacas, carteras y otros artículos de piel.

NUOVAS CAJAS DE PAPEL INGLÉS, CON SOBRES, Á 1.25, 1.75, 2 y 2.25 PESETAS
23, ALCALÁ, 23

ASMA-CATARRO Curados CIGARRILLOS ESPIC
Caja 2 fr. por los 6 ó el POLVOS ESPIC

La *perfumería especial á la Lacteina*, recomendada por las notabilidades médicas de París, ha valido, en la Exposición Universal de 1878, á su inventor, M. E. COUDRAY, 13, *rue d'Anjou*, en París, las más altas recompensas: la Cruz de la Legión, la Medalla de Honor y de Oro.

Alimento de los Niños. Para robustecer á los niños, las mujeres y personas débiles del pecho, del estómago, que padecen clorosis ó de anemia, el mejor y más barato alimento es el *RACHAOUT* de los *ARABES*, de Delangrenier, de París. *Primo del mundo entero*.

PIANOS FOCKÉ, MEDALLAS DE ORO.
Victor Hugo, 83, París.

POLVOS OPHELIA adherentes invisibles, exquisito perfume. *Houbigant*, perfumista, París, 19, Faubourg St Honoré, 19.

Eau d'Houbigant muy apreciada para el tocador y para los baños. *Houbigant*, perfumista, París, 19, Faubourg St Honoré.

Perfumería Niwon, V. LECONTE ET Cie, 31, rue du Quatre Septembre. (Véanse los anuncios.)

Perfumería erística SENET, 35, rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirlas las Señoras Suscriptoras á las ediciones de lujo, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del mismo periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras, no serán contestadas.

A UNA MORENA.—La moda en las sombrillas es sumamente variada, y en nuestros números anteriores hemos hecho la descripción de algunos modelos. Si quiere una sombrilla elegante y de lujo, puede elegir la tela Pompadour, fondo blanco, bordada de flores color paja y rosa, y guarnecida de un encaje fino de color un poco crudo. Paño de marfil, con remate de porcelana ó oro. Lazo de cinta de raso color rosa y paja.

Para aumentar el largo en los almohadones de lujo, puede añadirles, á los extremos, un entredós calado de encaje *Richelieu*, y sobre éste, un jaretón posito de cuatro de los de ancho. Marcas en los dos extremos. Si las tiras á que se refiere tienen mucho fondo liso, se suprime parte de este, y sólo se deja en proporción del ancho del bordado.

No se hacen jaretitas. La bata blanca resultará elegante guiándose para su hechura por el grabado 11 (traje de recibir) de nuestro número del 14 de este mes.

A D. DOLORES O. Y B.—Para forrar de tela una habitación es preciso forrarla antes de muletón de algodón. Se toman las medidas exactas y se van uniendo los paños de muletón á punto por encima un poco flojo, de manera que al estirarlos no hagan ningún borde y se clavan con tachuelas de tapicero, de cabeza plana, colocadas sobre una cinta de hilo para que las cabezas no pasen por el muletón.

Cuando todas las paredes están así forradas, se corta la tela, se livian los paños juntos y se cosen á la máquina con hilo del color de la tela. Se abren las costuras con una plancha.

Se clava, como el muletón, lo más cerca posible de la cornisa, teniendo cuidado de doblar la tela para que no se deshile. Cuando la habitación está ya completamente forrada, se clava, para tapar los bordes, un galón, una media caña ó un fruncido de tela ligero. Este fruncido se hace con una tira al hilo que varía desde 20 á 50 centímetros y que se pliega por los dos extremos, y al tirar se marcan los pliegues y se van clavando de trecho en trecho con clavos dorados, de cabeza redonda. Los galones se clavan por los dos lados para que no se arruguen.

Las medias cañas se venden por metros: las hay doradas, negras, de café, blancas ó imitando bambú; estas últimas hace muy bien sobre cretona.

A UNA COQUETA.—Haga la prueba de darse, al tiempo

LA VENTANA DE SAN MARTIN.

Alejo San Martín era un cazador canadiense. Hace muchos años que en una montaña le pegaron un tiro en el vientre. La herida al fin se curó de una manera muy extraña, dejando una abertura en el estómago cubierta por una piel muy fina, casi tan transparente como si fuera de cristal. Cosa tan rara no había sucedido nunca. Por esta ventana los médicos podían ver lo que pasaba en el interior del estómago, iluminándolo con una luz fuerte. De modo que la desgracia del pobre cazador ha sido una fortuna para el resto de la humanidad.

Veniamos ahora de qué modo se pueden aprovechar los conocimientos así adquiridos. Hay un cazador que se llama Frederick Green, y vive en 88, March Street, Shortlands, Kent, Inglaterra. Hablando de una ocasión de hace dos años, nos ha dicho recientemente: «No podía comer carne sin sentir mucho dolor.» ¿Qué enfermedad tenía Green?

Cuando los médicos examinaban el estómago de San Martín, poco después de haber comido, observaban que de las paredes del estómago se desprendían grandes cantidades de un líquido de color amarillo claro, el cual se mezclaba con el alimento. Luego notaron que toda la masa daba vueltas y vueltas como la leche en el aparato en que se hace la manteca. Cuando este procedimiento terminaba al cabo de una hora ó dos, no se veía más que un fluido gris, especie de caldo de sopa. Los médicos también sabrieron que cuando San Martín comía mucha carne, el estómago echaba más tiempo y trabajaba más en convertirla en fluido gris. También que otras veces el líquido amarillo claro apenas se desprendía, el estómago se movía despacio y el alimento permanecía en el cuerpo de San Martín hasta que se ponía rancio, se ponía y se agriaba. Entonces él se quejaba de que estaba malo, le daban náuseas y sentía dolores.

Si no se limpiaba, la piel tomaba un color cobrizo; un ácido naseaba sobre la ventosa a la boca; la cabeza le dolía y se le ponía caliente; sentía dolores en varias partes del cuerpo; la secreción renal era espesa y de color amarillo; el estómago no podía trabajar, perdía el ánimo y estaba inquieto. Lo que tenía era indigestión, que si continúa se hace crónica y origina postración nerviosa.

Veniamos a ver ahora cómo lo pasaba nuestro amigo Green, el cazador. Este nos ha dicho: «Cuando respiraba parecía que me abrían el pecho con un cuchillo. No tenía apetito y me quedaba muy delgado. Teniendo que andar en el cumplimiento de mi obligación veinte millas al día, y estando tan débil, me estaba matando. Antes de caer malo era fuerte y saludable y atendía mi trabajo con gusto y sin dificultad. Al fin tuve que darme de baja, viéndome el médico por espacio de quince días, sin que me sintiera mejor. Sentía opresión en el pecho, y lo que comía me pesaba en el estómago como si fuera una tonelada de plomo.»

Un día mi mujer me dijo: «Feterico, mi madre sufría como tú y siempre se aliviaba tomando el Jarabe curativo de la Madre Seigel. ¿Por qué no lo pruebas?» Después de algunas instancias dejé los médicos, compré una botella del Jarabe y empecé a tomarla. A las primeras tomas empecé a sentirme mejor. Continué con el Jarabe curativo de la Madre Seigel, y al poco tiempo me puse fuerte y volví a mi trabajo. No he vuelto a sentirme malo, gracias á Dios y al Jarabe curativo de la Madre Seigel.

Green ha sido cazador en el distrito de Shortlands quince años, y tiene una reputación excelente. Si su estómago hubiera tenido una ventana, los médicos y los amigos hubieran podido observar las dificultades que solían ocurrir en el de San Martín.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limited, calle de Caspe, núm. 155, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviárselo gratuitamente un folleto ilustrado que explica las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está en venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frascoito, 8 reales.

MIAN FABRICA DE VULCON DE MATIAS LOPEZ PREMIADA CON 8 MEDALLAS ÚNICA EN ESPAÑA que obtiene DIPLOMA DE HONOR... Solucion Cunaud... En las Farmacias.

CABELLOS

largos y espesos, por acción del Extracto capilar de los Benedictinos del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace botar con fortaleza y retarda su decoloración. E. SNETT, ADMINISTRADOR, 35, rue du 4 Septembre, París. Depósitos en Madrid, Aguirre y Molino, Preciados, 1; Urquiola, Mayor, 1; en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BRENÓN. De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, Alcalá, 23, Madrid.

NINON DE LENCLOS

Relese de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agibaba su gusdada delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle. Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la Historia amorosa de las Galias, de Bussy Raduin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la Parfumería Ninon (Maison Leconte), 31, rue du 4 Septembre, 31, París. Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de «Ecriture Eau de Ninon» y de Brevet de Ninon, pago de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja». Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones. La Parfumería Ninon expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes. Depósitos en Madrid: Pascual, Arnal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. 12; Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Preciados, 1; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3; en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer.

AÑO LI LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA. Publican los días 6, 14, 22 y 30 de cada mes. Aparte de las secciones de modas de utilidad ó adorno, da al año sobre 500 columnas de escogida lectura. Precios de suscripción en provincias. Ediciones de lujo y económicas con detalles de precios y contenidos.

SUEÑOS Y REALIDADES POR DON RAMÓN DE NAVARRETE. La mejor recomendación.

EL SOL DE INVIERNO POR DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS. Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

EL SOL DE INVIERNO POR DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS. Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

PAPEL FAYARDYBLAYN PARA CURAR IRRITACIONES DEL PECHO, RESFRÍOS, BRONQUITIS, GONORRÉAS, LUMBAGO, HERIDAS, LLAGAS, Tumor exteior contra Callos, Ojos de Gallo. En las Farmacias.

LA MODA DEL DIA Los Botones IGUALES á las TELAS de las PRENDAS, adorno de mayor gusto, se fabrican en casa, de todas formas y tamaños muy económicamente y sin aprendizaje, con la admitida seguridad. EL ECLAIR con privilegio exclusivo. Tarjetas y muestras gratuitas. Eug. SCHERDING, 22, rue du Boulay y 18, rue du Louvre, París.

¡NUEVOS PERFUMES! PARA EL PAÑUELO DE RIGAUD Y Cia. ESSENCIA: Lucrecia, Lilas de Persia, Graciosa, Beau d'Espagne, Bouquet Royal, Muguet des Bois. JABONES Y POLVOS DE ARROZ A LOS MISMOS OLORES. 8, rue Vivienne, 8, PARIS.

OBRAS POÉTICAS DE D. JOSÉ VELARDE. Obras poéticas.— Dos tomos. Teodomiro, ó la Cueva del Cristo. Fray Juan. La Niña de Gómez-Arias. Alegria (Canto I). El Holgado (segunda parte de Alegria). A orillas del mar. La Venganza. Fernando de Laredo. El Último beso. El Capitán García. Mis Amores. El Año campestre.

MARI-SANTA POR DON ANTONIO DE TRUEBA. Es una de las mejores obras literarias del ilustre Antón de los Cantares, moral, instructiva y amantísima. Forma un elegante volumen en 8.º mayor francés, y se vende á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

Perfumería, 13, Rue d'Enghien, Paris LACTEINA de E. COUDRAY Perfumería especial, comprendiendo: JABON - POLVOS DE ARROZ, ACEITE, ESSENCIA, AGUA DE TOCADOR.